

DEFENSA DE LA AUTENTICIDAD SIN XENOFOBIA NI XENOFILIA

En el homenaje al Maestro Guillermo Valencia, el lírico pa-
yanés más grande de América. Ponencias para el próximo con-
greso de escritores y artistas de Colombia.

1º) El escritor y el artista deben reflejar la fisonomía ambiental, frente al espejo de la autenticidad, cultivando y explotando la levadura de los propios problemas humanos, sin inhibiciones, complejos, artificios ni vanidosas posturas xenofílicas. La servidumbre de temas, escuelas, modas y personajes extraños, de esporádica o habitual ocurrencia en algunos de nuestros valores vernáculos, falsifica o le quita legitimidad a la obra intelectual o artística, y sus autores dan la subalterna impresión de fabricantes de calcománias.

2º) Aunque depreciado o no aprovechado, tenemos material humano para crear obras de grande aliento, mérito y envidia y para que nuestros hombres de letras y artes puedan llevar su mensaje más allá de las fronteras patrias. Sin necesidad de estar imitando, copiando o cortejando a los valores foráneos a través de una presuntuosa cátedra publicitaria y dogmática, en tiempos pasados y y aún recientes, filólogos, escritores y poetas como Cuervo, Caro, Valencia, Silva, Barba Jacob, Luis

C. López, Jorge Isaacs, Vargas Vila, etc., tuvieron y siguen teniendo hondo calado en la geografía intelectual y poética del continente, mereciendo el respeto, la admiración y los galardones de la consagración.

3º) La función de la crítica, condicionada a miramientos personalistas o sentimentales, origina frustraciones de verdaderas promesas o de valores positivos. La crítica debe ser austera y exigente, sin oscilar, como un péndulo, entre el bombo y la diatriba, bajo los estímulos del afecto, la anti-patía, el egoísmo o el favoritismo. Más responsable que el crítico caprichoso, es el autor de la obra literaria o artística que, de ordinario y talvez por desconfianza en aquel o excesiva autovaloración de sus ejecutorias, (el buen o mal gusto también hay que conjugarlo) no tolera la recta censura, se resiente de que se dude de la bondad de su creación, se hace pordiosero de alabanzas efímeras y formales, y no puede o no quiere darse cuenta de que, para su superación, no es el elogio exagerado o injusto sino el examen rígido, ponderado

y consciente, lo que ha de conducir-lo a la recta final y meta consagra-toria. La falsa crítica, cuando es dadivosa, crea los mitos, y cuando, mal intencionada, destruye la crisálida de nuevos valores o futu-ras revelaciones.

4º) Como corolario del anterior planteamiento, nacen, surgen y proliferan los simuladores de cul-tura, aquellos que todo o parte lo toman prestado (o disfrazado) en viejos anaqueles o empolvadas bi-bliotecas. Son los mismos que pi-den al fiado, ideas y tesis, en per-manente evolución y reevaluación, para darse el pisto de "ensayistas originales" o que dictan o recitan pomposas conferencias, frente a un auditorio inerme, que los escucha sin tener el derecho ni la opción para la réplica o la interpelación. Hay que cambiar, pues, el socorri-do sistema del monólogo axiomá-tico, indiscutido o indiscutible, para que se abra paso el diálogo parla-mentario, dialéctico y abierto a todas las inquietudes del pensa-miento hablado.

5º) Hay que reaccionar contra los *Cristians Diors* de las letras y ra de la última moda en certáme-nes y concursos culturales. La las artes que imponen la dictadu-práctica generalizada ha sido la de pasar desapercibido o no darle mucha beligerancia al tema nacio-nal o indígena, y en cambio, con-ceder la mayor opción al que re-vela influencias extraídas de la técnica de un Faulner, de un Kafka, de un Picasso, de un Dalí y de ciertos creadores de estilos y es-cuelas excéntricas, amanerados, ca-prichosos, o que, siendo de buena ley, el calco o la imitación que de ellos se hacen, los coloca en un pie de melancólica inferioridad o en la posición de la urraca, de la que

se dice que repite palabras o em-polla huevos ajenos.

6º) La cita discreta y moderada para apuntalar concepciones pro-pias o para establecer paralelos y diferencias entre ideas o tesis con-trarias es de uso corriente y res-petable. Otra cosa es el abuso de ella o la citomanía para lucir de importante o de erudito a la violeta. El escritor que aborda un tema cualquiera, pero no entrega entero su juicio o su pensamiento, según su ángulo visual o intelectual, sino que se prodiga en citas y puntales ideológicos, pierde personalidad, la diluye o la hace indefinida o inde-finible.

7º) En el afán de hacer una ca-rretera y en la búsqueda de fama o nombradía, que casi siempre re-sultan limitadas en el espacio y en el tiempo, y para saciar una sed de novedades o novelerías, algunos escritores, poetas y artistas, en uso y abuso de un mimetismo tri-butario, se van tras el espejismo de un oasis extranjerizante, rehu-yendo o desechando las fuentes na-tivas y el cultivo de nuestros pro-pios escenarios e instrumentos ter-rígenos de expresión, creación o interpretación, con todos sus va-riados e inexplotados símbolos y tipos humanos. Sin desestimar ni esquivar el ejemplo y las ense-ñanzas de aquellos países y men-tores espirituales que, por su ma-yoría de edad, han tenido la cáte-dra de la cultura, incumbe al es-critor y artista colombianos utili-zar esa materia prima de irradi-aciones centrífugas y centrípetas para configurar nuestros proble-mas, para dar fe de las inquietu-des, ansiedades, luchas, aspiracio-nes y conquistas de nuestras gen-tes y para lanzar el mensaje au-téntico de una raza en adolescen-

cia, pero con miras a la adultez, que quiere abrirse paso y darse a conocer ante visitantes o turistas despreocupados o cronistas no bien informados o mal intencionados que, peyorativamente, nos desfiguran o tienen empeño en ignorar la realidad de nuestra tradición, de nuestra idiosincracia, de nuestras costumbres y de nuestra sensibilidad espiritual, aprovechándose de transitorios traumatismos políticos y sociológicos.

8º) Dentro de una genuina y honrada concepción estética y ética, no pretendemos que se levanten alambradas hostiles ni cortinas de hierro contra todo lo que nos viene de fuera, porque no podemos, sin grave apostasía, renunciar a la limpia herencia clásica que nos enorgullece; pero tampoco aceptamos injertos de extravagancias y abalorios ni incomprensiones y tergiversaciones sobre lo que hemos sido, sobre lo que somos y sobre lo que podemos ser en el futuro.

9º) En defensa de la autenticidad en las artes y en las letras, hay que estar alerta y enguardia frente a la extravagancia, la chabacanería, el confusionismo, la vulgaridad y la ordinariez de ciertas "audacias revolucionarias", mayores y menores de edad, que proliferan, lo mismo que en la polí-

tica, en la pintura, en la novela, en el cuento y en la poesía, con el prurito egolátrico de "epatar", de escandalizar, de encender el bombillo rojo o amarillo de lo prohibido, de lanzar guijarros a las estrellas, de aparecer como geniecillos incomprensidos, de torcerle el cuello al buen gusto, de desfigurar, destrozarse o quemar lo bello o lo grande, por un erostrático complejo de originalidad o de buena o mala fama que, cuando no se detiene en la "zona de tolerancia" del embeleco, de la excentricidad, de la novelería y del ridículo, toca las fronteras de la demencia precoz...

10.) Guillermo Valencia, como escritor y como esteta, dio la exacta medida de cómo se pueden conciliar lo autóctono con lo foráneo, universalizando el continente y el contenido, sin desviaciones, servidumbres ni desfiguraciones en lo formal, en la imagen y en lo conceptual. Por ser tan nuestro, para el suscrito más espléndido, extraordinario y humano que algunos valores extranjeros de que nos hacemos tanta lengua, no faltan quienes lo hayan negado y luego reconocido, antes de que el gallo del arrepentimiento hubiera cantado tres veces.

Atilio Velásquez